

Los mitos de la burguesía¹

Roland Barthes

Estadísticamente el mito pertenece a la derecha. En ella el mito es esencial: bien nutrido, reluciente, expansivo y expresivo se inventa sin cesar. Abarca todo: las justicias, las morales, las estéticas, las conductas diplomáticas, las artes domésticas, la Literatura, los espectáculos. Su expansión tiene la misma medida de la exnominación burguesa. La burguesía quiere conservar el ser sin el parecer: es, entonces, la negatividad misma del parecer burgués –infinita como toda negatividad– la que solicita el mito. El oprimido no es nada, no tiene sino una palabra: la de su emancipación; el opresor es todo, su palabra es rica, multiforme, flexible, dispone de todos los grados posibles de dignidad: tiene la exclusividad del metalenguaje. El oprimido “hace” el mundo; no tiene sino un lenguaje activo, transitivo (político); el opresor lo conserva, su palabra es plenaria, intransitiva, gestal, teatral: es el Mito; el lenguaje del primero intenta transformar; el del segundo, eternizar.

¿Esta plenitud de los mitos del Orden (es así como la burguesía se llama a sí misma) abarca diferencias interiores? ¿Hay, por ejem-

plo, mitos burgueses y mitos pequeño-burgueses? No puede haber diferencias fundamentales puesto que cualquiera sea el público que lo consume, el mito postula siempre la inmovilidad de la Naturaleza. Pero sí pueden haber grados de funcionamiento o de expansión: ciertos mitos maduran mejor en ciertas zonas sociales: para el mito también hay micro-climas.

El mito de la Infancia-Poeta, por ejemplo, es un mito burgués de avanzada: sale de la cultura inventiva (Cocteau, por ejemplo) y no aborda sino apenas la cultura consumida (L'Express): una parte de la burguesía puede encontrarlo todavía demasiado inventado, demasiado poco mítico para reconocerse el derecho de consagrarlo (toda una parte de la crítica burguesa trabaja con materiales específicamente míticos): es un mito poco elaborado que no contiene suficiente “naturaleza”; para hacer del Niño-Poeta el elemento de una cosmogonía es necesario renunciar al prodigio (Mozart, Rimbaud, etc.), y aceptar normas nuevas, las de la psicopedagogía, del freudismo, etc.: es un mito poco maduro.

¹Publicado en castellano en *Setecientos Monos*, Rosario, 1966.

Traducción al castellano de Nicolás Rosa (Universidad Nacional de Rosario).

De esta manera cada mito puede sobrellevar su historia y su geografía; por otra parte, la una es signo de la otra: un mito madura porque se extiende. No he podido hacer un verdadero estudio sobre la geografía social de los mitos, pero es posible trazar lo que los lingüistas llamarían las “isoglosas” de un mito, las líneas que definen el lugar social donde el mito existe y es hablado. Como este lugar es móvil, sería más preciso hablar de ondas de implantación del mito. El mito Minou Drouet, por ejemplo, conoció tres ondas amplificantes: 1º) L'Express, 2º) Paris Match, 3º) France-Soir. Ciertos mitos oscilan: se encuentran y se mueven en la gran prensa, en el pequeño rentista de barrio, en los salones de peinados, en el subterráneo. Será difícil establecer la geografía social de los mitos hasta tanto no se elabore una sociología analítica de la prensa.

No pudiendo establecer las formas dialectales del mito burgués, se puede al menos esbozar sus formas retóricas. Es necesario entender aquí por “retórica” un conjunto de figuras fijas, regladas, insistentes, en las cuales se ordenan las variadas formas del significante mítico. Estas figuras son transparentes puesto que no enturbian la plasticidad del significante, pero están, sin embargo, suficientemente conceptualizadas para adaptarse a una representación histórica del mundo (como la retórica clásica puede dar cuenta de una representación de tipo aristotélico). Es por su retórica que los mitos burgueses dibujan la perspectiva general de esa “seudo-physis” que define el sueño del mundo burgués contemporáneo. Las principales figuras son las siguientes.

La vacuna. Ya he dado ejemplos de esta figura muy general que consiste en confesar el mal accidental de una institución de clase para enmascarar mejor el mal fundamental. Se inmuniza lo imaginario colectivo por una

pequeña inoculación de mal reconocido; se lo defiende así contra el riesgo de una subversión generalizada. Este tratamiento liberal no hubiese sido posible hace apenas cien años; en ese momento el bien burgués no cambiaba, era rígido; se ha flexibilizado después: la burguesía no vacila ahora en reconocer algunas subversiones localizadas: la vanguardia, lo irracional en la etapa infantil, etc.. La burguesía vive actualmente en una economía de compensación: las pequeñas partes compensan jurídicamente (aunque no realmente) las partes más importantes.

La privación de la Historia. El mito hace abstracción del objeto del que se ocupa toda la Historia. En él la historia se evapora; es una especie de sirvienta ideal: prepara, aporta, dispone, y cuando el patrón llega, desaparece silenciosamente: no hay más que gozar de todos esos objetos sin preguntarse de dónde provienen. O mejor: el objeto no puede venir sino de la eternidad: desde siempre estuvo hecho por el hombre burgués; desde siempre la España de los afiches estuvo hecha para el turista; desde siempre los “primitivos” han preparado sus danzas para un goce exótico. Se alcanza a ver toda la incomodidad que esta figura feliz hace desaparecer: al mismo tiempo el determinismo y la libertad. Nada es producido, nada es elegido, se trata nada más que de poseer esos nuevos objetos de los cuales se ha hecho desaparecer todo sucio rastro de origen o de elección. Esta milagrosa evaporación de la historia es otra forma de un lugar común propio de la mayoría de los mitos burgueses: la irresponsabilidad del hombre.

La identificación. El pequeño-burgués es un hombre impotente para imaginar al Otro. Si el otro se presenta ante su vista, el pequeño-burgués se ciega, lo ignora y lo niega, o bien lo transforma en sí mismo. En el univer-

so pequeño-burgués todos los hechos de confrontación son hechos reverberantes, todo otro es reducido al mismo. Los espectáculos, los tribunales, lugares donde se arriesga exponer al otro, se vuelven espejos. Es que el otro es un escándalo que atenta contra la esencia. La justicia es reducida a una operación de balanza puesto que la balanza no puede pesar en sus platillos sino lo mismo con lo mismo. Hay en toda conciencia pequeño-burguesa pequeños simulacros del delincuente, del parricida, del pederasta, etc. que periódicamente el cuerpo judicial extrae de su cerebro, pone sobre el banquillo de los acusados, consume y condena: no se juzga sino a los “análogos” descarriados: cuestión de ruta, no de naturaleza, puesto que el “hombre ha sido hecho así”. A veces –muy raramente– el Otro se revela irreductible: no por un súbito escrúpulo sino porque se opone al “sentido común”: éste no tiene la piel blanca sino negra, aquel otro bebe jugo de peras y no Pernod. ¿Cómo asimilar al Negro, al Ruso? Hay siempre una última figura como recurso: el exotismo. El Otro deviene objeto puro, espectáculo, guignol: relegado a los confines de la humanidad no atenta contra la seguridad del mundo propio. Ésta es sobre todo una figura pequeño-burguesa. Pues si en verdad el burgués no puede vivir al Otro, puede, al menos, imaginar su lugar: es lo que se llama liberalismo: una especie de economía intelectual del reconocimiento de los lugares que ocupa cada uno. La pequeña-burguesía no es liberal (ella produce el fascismo mientras que la burguesía lo utiliza): cumple con retraso el itinerario burgués.

La tautología. Ya lo sé, la palabra no tiene nada del lindo, pero la cosa también es fea. La tautología es el procedimiento verbal que consiste en definir lo mismo por lo mismo (El Teatro, es el teatro). Se puede ver en ella una de esas conductas mágicas que Sartre analiza

en su “Esbozo de una teoría de las emociones”: uno se refugia en la tautología como en el miedo o en la cólera o en la tristeza cuando no puede darse una explicación: la carencia accidental del lenguaje se identifica mágicamente con lo que se decide sea una resistencia natural del objeto. En la tautología hay una doble muerte: se mata lo racional porque se nos resiste; se mata el lenguaje porque nos traiciona. La tautología es un desvanecimiento o punto, una afasia saludable, es una muerte, o si se quiere una comedia, la “representación” indignada de los derechos de lo real contra el lenguaje. Como mágica que es no puede sino refugiarse en un argumento de autoridad; de esta manera los padres responden al niño preguntón: “es así porque es así”, o “es así, punto y basta”: acto de magia vergonzosa que crea el movimiento verbal de lo racional pero lo abandona en seguida y cree haber puesto en funcionamiento la causalidad porque ha producido la palabra introductora. La tautología testimonia una profunda desconfianza frente al lenguaje: se lo rechaza porque no se lo puede manejar. Todo rechazo del lenguaje es una muerte. La tautología funda un mundo muerto, un mundo inmóvil.

El Ninismo. Llamo así a esta figura mitológica que consiste en presentar dos contrarios, balancearlos uno frente a otro para finalmente rechazar ambos. (Yo no quiero “ni” esto, “ni” lo otro). Es más bien una figura de mito burgués pues depende de una forma moderna de liberalismo. Encontramos aquí la figura de la balanza: primero lo real es reducido a los análogos, en seguida se los pesa y por fin, constatada la igualdad, se los elimina. Hay también aquí una conducta mágica: se presentan como iguales aquello que es difícil elegir; se huye frente a lo real intolerable reduciéndolo a dos contrarios que se equilibran en la medida en que son formales y despoja-

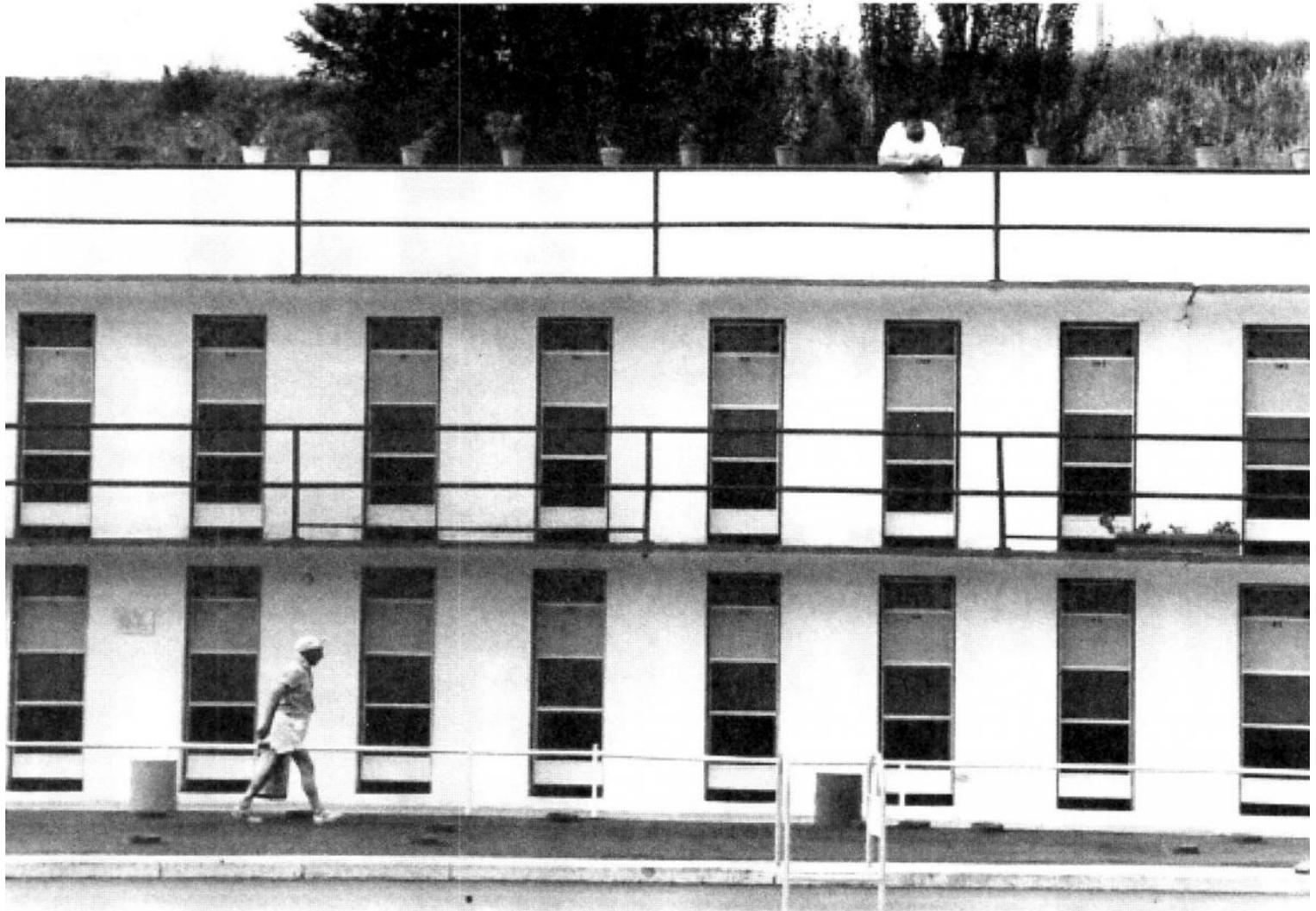
dos de su peso específico. El “ninismo” puede presentar formas degradadas; en astrología, por ejemplo, los males siempre están seguidos por la correspondiente porción equitativa de bienes; se los predice prudentemente en una perspectiva de compensación: un equilibrio final inmoviliza los valores, la vida, el destino, etc., ya no se trata de elegir sino simplemente de aceptar.

La cuantificación de la cualidad. Es ésta una figura que subyace en toda las precedentes. Reduciendo toda cualidad a una cantidad, el mito realiza una economía de inteligencia: se comprende lo real sin gasto de energías. He dado numerosos ejemplos de este mecanismo que la mitología burguesa —y sobre todo pequeña-burguesa— no vacila en aplicar a los hechos estéticos que, por otra parte, considera compuestos de esencias inmatrimales. El teatro burgués es un buen ejemplo de esta contradicción: por una parte, el teatro es presentado como una esencia irreductible a todo lenguaje y que se descubre solamente por el sentimiento, por la intuición; recibe de esta cualidad una dignidad nebulosa (está prohibido como crimen de “lesa esencia” hablar del teatro científicamente, o más bien toda forma intelectual de problematizar al teatro será desacreditada bajo el nombre de cientismo, de lenguaje pedante); por otra parte, el arte dramático burgués reposa sobre la pura cuantificación de los efectos: todo un circuito de apariencias computables establece una igualdad cuantitativa entre la plata de la entrada y los llantos del comediante o el lujo del decorado; lo que se llama, por ejemplo, la “personalidad” de un actor es antes que todo una cantidad bien visible de efectos.

La constatación. El mito tiende al proverbio. La ideología burguesa retoma aquí sus intereses esenciales: el universalismo, el re-

chazo de toda explicación, la jerarquía inalterable del mundo. Pero es necesario distinguir el lenguaje-objeto del meta-lenguaje. El proverbio popular, ancestral, participa todavía de una utilización instrumental del mundo como objeto. Una constatación campesina tal como: “hace buen tiempo” guarda un lazo real con la utilidad del tiempo bueno, es una constatación implícitamente tecnológica; aquí la palabra, a despecho de su forma general, abstracta, prepara actos, se inserta en una economía de fabricación: el campesino no habla sobre el tiempo bueno sino que lo actúa, lo reclama para su trabajo. Todos los proverbios populares representan de esta manera una palabra activa que se ha ido solidificando, poco a poco, en palabra reflexiva, pero de una reflexión mínima, reducida a una constatación y de alguna manera tímida y prudente, apegada estrechamente al empirismo. El proverbio popular prevé más que afirma, sigue siendo la palabra de una humanidad que se hace, no que ya es. El aforismo burgués pertenece al metalenguaje, es un lenguaje secundario que se ejerce sobre objetos ya preparados. Su forma clásica es la máxima. Aquí, la constatación no está dirigida hacia un mundo que se produce sino que debe abarcar un mundo ya hecho y ocultar los rastros de esta producción bajo una evidencia eterna: es una contra-explicación, el equivalente noble de la tautología, de ese “porque” imperativo que los padres que no saben responder suspenden sobre la cabeza de sus hijos. El fundamento de la constatación burguesa es el “buen juicio”, es decir una verdad que se detiene bajo la orden arbitraria del que la habla.

He dado algunas figuras de retórica sin ningún orden y es factible que existan muchas más; pueden aparecer figuras nuevas y desaparecer otras. Pero tal como son en este momento podemos reunir las en dos grandes



compartimientos que son como los signos zodiacales del universo burgués: las Esencias y las Balanzas. La ideología burguesa transforma continuamente los productos de la historia en arquetipos esenciales; como el pulpo arroja su tinta para protegerse, la burguesía no ha dejado de ocultar la fabricación perpetua del mundo, no ha dejado de fijarlo en objeto de posesión eterna, de inventariarlo como parte de su haber, de embalsamarlo, de inyectar en lo real alguna esencia purificante que detendrá su transformación, su fuga hacia otras formas de existencia. Y ese Haber, así congelado y determinado, se volverá al fin computable: la moral burguesa será esencialmente una operación de pesaje, las esencias serán ubicadas en balanzas de las cuales el hombre burgués será el control inamovible. Pues el fin último de los mitos es inmovilizar el mundo: es necesario que los mitos remedien una economía universal que

ha fijado para siempre la jerarquía de las posesiones. Así, cada día y en todos lados, el hombre es retrasado por los mitos, remitido por ellos a ese prototipo inmóvil que vive en su lugar y lo asfixia a la manera de un inmenso parásito interno, trazando estrechos límites alrededor de su actividad, donde se le permite sufrir pero no cambiar el mundo: la pseudo-physis burguesa es sobre todo una prohibición al hombre de reinventarse todos los días como historia. Los mitos no son otra cosa que esa sollicitación incesante, infatigable, esa exigencia insidiosa e inflexible que pretende que todos los hombres se reconozcan en la imagen eterna que se ha construido de ellos un día como si fuera para siempre. Pues la Naturaleza en la cual se los encierra bajo el pretexto de eternizarlo no es más que una Costumbre. Y es esa Costumbre, por grande que sea, la que es necesario tomar en la mano y transformar ✦